

LA HUELLA UNIVERSITARIA DE DON VICENTE

LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ*

La huella que Vicente Rodríguez Casado ha dejado de su paso por la Universidad española debe considerarse en una doble perspectiva: la persona y la obra singular de *La Rábida*. Aunque fue autor de libros y artículos de gran importancia, imprescindibles para conocer el gobierno peruano del virrey Amat, la política de Carlos III o las raíces primordiales de capitalismo y socialismo, su magisterio oral superó, con mucho, la herencia escrita: ante un café o una cerveza o en medio de una partida de mus era capaz de introducir o derivar una conversación hacia los temas trascendentes que le interesaban; nunca esta conversación quedaba envuelta en rigores de expresión o pedantería. Él sabía muy bien que la comunicación entre personas no se produce a menos que existan lazos de afecto muy fuertes; y conocía el modo de crearlos. A través de los testimonios reunidos para este libro descubrimos, especialmente, esta cualidad. Sin ella todo lo que sucedió en *La Rábida* durante treinta años se nos tornaría incomprensible. Menos aún podríamos entender el vigor con que, en lugar de desaliento, decidiera reemprender la tarea.

Probablemente la razón más importante de este proceder haya de buscarse en su muy temprana condición de numerario del Opus Dei, antes incluso de que esta Asociación, que ahora posee status de prelatura personal, tuviera la organización definitiva. Recibió una gran influencia del beato Escrivá de Balaguer, en conversaciones íntimas, lo que le llevaba a situarse como testimonio vivo de trabajos y de días, algunos felices, otros desdichados pero siempre estimulantes. Vicente estaba por ello convencido de que su misión consistía en «poner a Cristo por encima de todas

* Vicepresidente de la Asociación de *La Rábida*. Catedrático de Historia Antigua y Medieval, Universidad Autónoma de Madrid. Académico de la Real Academia de la Historia.

las actividades humanas», lo que le llevaba a ver en los hombres no amigos ni enemigos, partidarios o adversarios, sino criaturas llenas de dignidad, capaces de cometer errores como lo era él mismo y cuantos le rodeaban. Profunda humildad que le apartó del envanecimiento.

Un deliberado propósito

Era, si no me equivoco, el catedrático más joven de la Universidad española cuando llegó a Sevilla, en junio de 1942, para tomar posesión de una plaza de larga titulación, como era costumbre entonces, Historia Universal Moderna y Contemporánea e Historia General de la Cultura (moderna y contemporánea). Pero sus trabajos de investigación le habían permitido comprobar de qué modo, en la «modernidad», España resultaba inseparable de América, con la que formaba un conjunto de idioma, costumbres, principios y hasta normas morales. Aún más: si en el siglo XVI las corrientes de influencia iban desde España a América, en la época que él estudiaba, el siglo XVIII, la dirección de la corriente había comenzado a invertirse. Y en los años centrales del siglo XX era España más receptora que suministradora.

De ahí nació la idea, en Vicente Rodríguez Casado, de establecer alguna forma de enseñanzas abiertas para alumnos de otras Universidades en torno a estas cuestiones. Había precedentes, algunos muy antiguos, que obligaban a poner la vista en la ría de Huelva, punto de partida para el descubrimiento. El monasterio franciscano de La Rábida fue el punto inicialmente escogido. Como Colón, Vicente llegó un día a La Rábida no por casualidad sino con un deliberado propósito. En aquellos momentos había gran interés, por parte del Gobierno español—recuérdese que transcurrían los meses centrales de la Segunda Guerra Mundial— en estrechar las relaciones con las Repúblicas de Iberoamérica y desde noviembre de 1940 existía un Instituto de Cultura Hispánica en que se hacían presentes dos Ministerios, el de Asuntos Exteriores y el de Educación Nacional.

Pero Vicente no quería nada de eso: ni ligarse a la oficialidad de una política—aunque él no era en modo alguno un enemigo del régimen ni cosa por el estilo, sino un profesor universitario— ni reducirse al frío academicismo de unos cursos de verano. Buscó otro camino: el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Y así fue La Rábida, bajo el pomposo nombre de Universidad Hispanoamericana, una proyección de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, y una parte del Insti-

tuto Fernández de Oviedo. Desde 1944 se inició ya la construcción de un edificio propio.

Un ancho horizonte

Quienes tuvimos la suerte de tratar íntimamente a Vicente en los últimos años de su vida, cuando era posible hacer rememoración de tiempos pasados, conocemos muy bien los anchos horizontes de su ambición, la cual fue desplegándose, etapa tras etapa, a lo largo de los años. Ante todo, quería hacer valer la indefinición misma de lo hispanoamericano: ciertos escritos de Manuel García Morente que estaban circulando con mucho éxito en aquellos días hacían referencia a «un modo de sentir, un conjunto de valores y una posibilidad de diálogo al hablar todos la misma lengua», lo que significaba compartir algunos principios esenciales y permitirse el lujo de debatir todo lo demás.

En la hora esto resultaba muy importante y sólo un hombre como Rodríguez Casado, hijo de general, gozando de la confianza de quienes mandaban, desvinculado de cualquier grupo político, estaba en condiciones de llevarlo adelante. Pues el Movimiento de 1936, que estaba pasando a ser régimen autoritario y no ya dictadura, se movía entre dos posibles extremos: el de la inclinación ante las influencias nazis, que eran muy poderosas, y el de la clausura en torno a los ideales de una guerra que había pasado y convenía superar. La Rábida iba a ser eso: partiendo de la afirmación de hispano-americanidad (perdónenme el tremendo retruécano), se podía abrir el horizonte a todos, crear un clima de diálogo, hacer que nadie se sintiera discriminado o ajeno en el curso de la defensa de las ideas. Era difícil y exigía además mucha prudencia.

Vicente aceptó el gran desafío que «in mente» se forjara y se entregó en cuerpo y alma a esta notable empresa. El resultado es «el espíritu rabideño», el que hoy podemos decir, desde la Asociación, que La Rábida no es un lugar, ni unos edificios, ni siquiera una institución: es una capacidad de diálogo para el entendimiento. No se perseguía con este diálogo ningún consenso. Nadie pretendía que renunciando unos a una parte de sus convicciones y los otros a otra magnitud semejante, llegara a construirse un programa común. Simplemente: no había programa. La Rábida era dueña de «la camisa del hombre feliz» precisamente porque no tenía camisa. Aunque muchos, que no la entendieron, se empeñaran en ponerle una.

Una línea esencial

Pasaron los años y se acumularon nuevas experiencias. Aunque el número de lecciones específicamente dedicadas a Historia de América fuese creciendo, hasta alcanzar el máximo en 1961, su proporcionalidad en el conjunto disminuía velozmente. Otras materias aparecían enriqueciendo los cursos: Derecho y Literatura, Economía y Filosofía, Cine, Teatro, Música, Humanidades y Ciencia, se incorporaron. En un estudio analítico, que ya está realizado, se aprecian los aspectos numéricos y también las batallas continuas con la Administración. Aquí no haremos nada de esto. Conviene utilizar el menor número posible de datos a fin de entender mejor la línea esencial.

Rector de la Rábida: un Vicente Rodríguez Casado, sobre quíen los años iban arrojando kilos, vestido con una camisa larga como usaban y usan los campesinos de Andalucía, a horcajadas sobre una silla nada cómoda, se convertía por derecho propio en centro de una tertulia interminable, interrumpida por pequeñas treguas, pues había que asistir a clase, ver cine y también cenar y dormir, que Dios no ha hecho a los hombres de hierro, ¡qué caramba! Enseñaba y aprendía. La Universidad funcionaba siempre en régimen de internado —no hubiera podido hacerse de otra manera— y profesores y alumnos estaban obligados a convivir. A diferencia de las otras universidades, oficiales, estatalizadas, aquella funcionaba con un régimen absolutamente privado. Por eso hubo quienes no la entendieron y creyeron destruirla mediante un decreto. El «espíritu» no depende de decretos. La Universidad recibía subvenciones de las que daba cuenta cabal, pero se administraba a sí misma.

Una empresa digna de encomio

No es extraño, pues, que en la década de los 70, el gran proyecto rabideño entrara en una tercera fase que, en la ambición de Vicente, vendría a ser como aventura de una novedad. Muy poco a poco la legislación española se había abierto a posibilidades de centros privados. Todavía en forma muy tímida y desde luego imperfecta. Pero había que aprovechar los resquicios. Lo importante —y aquí estaba la demostración de la gran capacidad de Vicente— era no convertirse en meros imitadores: España necesitaba no la repetición cuantitativa del viejo modelo de Universidad humboldtiana sino la aparición de otros modelos distintos. Mar, fábrica,

empresa, técnica, horizonte, nuevo humanismo, pero, sobre todo, conexión con la directa realidad que en aquel caso era onubense. Estaba trabajando, y muy intensamente, en la fundación de lo que con el tiempo llegaría a ser un Centro politécnico pensado para el siglo XXI, cuando la ligereza ministerial dio al traste con todo esto y, creyendo que destruía un núcleo de poder, se privó a sí misma y al país de una empresa digna de encomio.

Y entonces —a principios de 1975, y debo resaltar la fecha— Vicente no se amilanó. Acusó el golpe, ciertamente. Pero recogió los medios materiales que le pertenecían, reunió a un puñado de amigos y decidió que había que continuar: porque el «espíritu rabideño» es todavía más necesario que en aquel tiempo en que por vez primera se formuló. Pasados tres lustros, la clarividencia de Rodríguez Casado parece firmemente demostrada.